

Prólogo a la primera edición en 2004

La obra presentada es una observación exclusivamente bíblica y lingüística, sin ninguna referencia a la historia, y destinada, principalmente, para los teólogos y lingüistas al mismo tiempo y también para todos los que se interesan por los temas bíblicos. No se refiere a la historia, porque, según mi juicio, los relatos bíblicos no son libros de historia, es decir, no fueron escritos para revelar la historia, sino para explicar las cosas espirituales a través de la historia conocida, la que, sin embargo, fue usada como un naípe simbólico, destinado a facilitar el entendimiento del mensaje, porque, en la mayoría de los casos, los hechos históricos y los nombres de los países han sido usados alegóricamente o como comparación. Así, Egipto, Babilonia y otros países, hasta el mismo Israel, más bien representan aquí un lenguaje espiritual, que países físicos. Por eso, creo que cualquier intención de ordenar históricamente los relatos bíblicos o relacionarlos con los hechos históricos, puede llevarnos por un camino equivocado que nos asemejaría a *“los hijos de Agar, que”*, según Ba 3, 23, *“buscan el saber en la tierra,..... y no conocieron el camino de la sabiduría ni recordaron sus senderos”*.

Lejos de la pretensión de haber encontrado ese camino, propongo sólo mis observaciones del texto bíblico y algunas conclusiones hechas sobre la base de la lingüística, que es una ciencia tan natural, como el mismo mundo, ya que en la lengua se graba y se refleja todo lo que la memoria humana pierde con el paso del tiempo.

El tema de la observación surgió casualmente, sin ninguna intención previa, y asimismo casualmente fue desarrollado al paso que se escribía. Al principio sólo se trataba del paraíso bíblico y su monte santo. Después el trabajo tomó un rumbo lingüístico. Las conclusiones hechas del análisis etimológico de los nombres del monte santo, es decir, de Ararat, Sión y Sinaí, me llevaron hacia el estudio etimológico de los nombres étnicos de la humanidad. Y este último condujo inevitablemente a estudiar el verdadero sentido de las nociones de *ario* y *aristocracia*, el cual resultó estar completamente tergiversado por el olvido. En relación con esto surgió la necesidad de hacer un breve comentario teológico con el cual se concluyó la obra.

El estudio no se refiere a ningún pueblo o ningún idioma en particular, sino a la protolengua de la humanidad y su origen. Además de las lenguas antiguas bien conocidas, propone también los datos de la lengua armenia, la que por motivos desconocidos los lingüistas suelen ignorar; mientras que esa lengua merece atención, aunque sea por la única razón de pertenecer al pueblo a quien tocó desde los tiempos remotos vivir en el lugar mencionado en la Biblia como la patria de los pueblos y de los idiomas, es decir, en los montes de Ararat. Sorprendentemente, a lo largo del desarrollo de la ciencia lingüística y hasta hoy, los lingüistas que centran su atención en las lenguas antiguas, tales como la sumeria, hitita, sánscrita, griega, egipcia, asiro-babilónica, aramea, hebrea, etcétera, no toman en consideración o no atribuyen una importancia a la lengua armenia. Esa negligencia se debe a un criterio erróneo sobre el tiempo del establecimiento de los armenios en la meseta de Ararat, que se formó a despecho de las fuentes armenias y, principalmente, a despecho de la lengua armenia que es el mejor testigo (y además vivo) de su antigüedad. Sus raíces se manifiestan en la toponimia de la meseta de Ararat y su conocimiento permite dar un paso importante más en la revelación de los misterios de la Antigüedad.

Pero el libro no se trata ni del pueblo armenio, ni del pueblo judío, ni de cualquier otro; más bien se trata de todos los pueblos de la tierra y se refiere a aquel perdido estado espiritual del hombre (pero que se recuperará al fin y al cabo), en el cual, como dice el apóstol:

*no hay distinción entre judío y griego
(yo agregaría: y cualquier otra etnia),
pues uno mismo es el Señor de todos,
rico para todos los que le invocan.
Pues todo el que invoque el nombre del Señor
se salvará (Rom 10, 12-13).*

Conforme con esto, aquí no se busca lo que nos separa y distingue unos de otros, sino lo que nos une a todos, es decir, a todas las personas y a todos los pueblos, porque, como he mostrado en el capítulo “La Trinidad y la Ley moral de la vida”, lo queramos o no, lo aceptemos o no, todos somos parte de la Creación y, en este sentido, responsables de su unidad e integridad. Ésa era la única intención por la cual he sido dirigida durante todo el tiempo de este trabajo, es decir, para recordar una vez más que todos somos hijos del mismo Padre, que no quiere que nos odiamos y desdeñemos unos a otros, ni tengamos pleitos arrogantes nazis y racistas, porque ninguno de nosotros pudo, ni puede así, conservar intacta la imagen Divina; sino que tanto las personas como los pueblos, tomemos conciencia de nuestra hermandad humana y aprendamos a amar y respetar a toda la humanidad.